

René Descartes

# Meditaciones metafísicas

Introducción y traducción  
de Guillermo Graño Ferrer



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Meditationes de Prima Philosophia, in quibus Dei existentia et animae humanae immortalitas demonstratur*

Primera edición: 2005

Segunda edición, con nueva introducción y traducción: 2011

Séptima reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Ilustración de cubierta: Joseph Csaky, *Cabeza* (1914). © Index-Bridgeman

Selección de imagen: Alicia Fuentes

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la introducción y traducción: Guillermo Graíño Ferrer, 2011

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2005, 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-5339-6

Depósito legal: M. 22.651-2011

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

## Índice

- 9 Introducción, por Guillermo Graíño Ferrer  
35 Bibliografía comentada

### Meditaciones metafísicas

- 39 A los señores decanos y doctores de la Sagrada  
cultad de Teología de París  
47 Prefacio  
51 Resumen de las seis meditaciones siguientes  
57 Meditación primera  
65 Meditación segunda  
78 Meditación tercera  
100 Meditación cuarta  
112 Meditación quinta  
122 Meditación sexta

consideradas detenidamente, podemos ver que no son tan firmes y evidentes como las que nos conducen al conocimiento de Dios y de nuestra alma, de tal suerte que éstas son las más ciertas y las más evidentes que puedan llegar al conocimiento del espíritu humano. Y esto es todo cuanto me he propuesto probar en estas seis Meditaciones, por lo cual omito aquí muchas otras cuestiones de las que también he hablado en ocasiones en este tratado.

## Meditación primera De las cosas que pueden ponerse en duda

Hace ya algún tiempo advertí que, desde mi niñez, había recibido como verdaderas muchas opiniones falsas, y que lo que desde entonces sostuve en principios tan poco sólidos no podía ser sino harto dudoso e incierto; siendo esto así, debía emprender seriamente, una vez en la vida, la tarea de deshacerme de todas las opiniones adoptadas hasta entonces en mis creencias, y comenzar todo de nuevo desde los fundamentos, si es que quería establecer algo firme y constante en las ciencias. Mas pareciéndome muy grande tal empresa, he aguardado a tener una edad lo suficientemente madura como para no poder esperar tras ella otra más adecuada para ejecutar mi propósito; esto me ha hecho demorarme tanto que, en lo sucesivo, consideraría una falta emplear todavía en deliberaciones el tiempo que me resta para actuar.

Ahora, pues, que mi espíritu se halla fuera de todo cuidado y me he procurado un reposo seguro en apacible

soledad, me aplicaré seriamente y en libertad a destruir en general todas mis antiguas opiniones. Ahora bien, para cumplir tal designio no me será necesario probar que éstas todas son falsas, lo que acaso nunca conseguiría, sino que mientras la razón me persuade de que no debo dar más crédito a las cosas no enteramente ciertas e indubitables que a aquellas que nos parecen manifiestamente falsas, me será suficiente el más mínimo motivo de duda para rechazarlas todas. Y para esto no es necesario que examine a cada una en particular, lo cual supondría un trabajo infinito, sino que, puesto que la ruina de los fundamentos implica necesariamente la del resto del edificio, atacaré primero los principios sobre los cuales todas mis antiguas opiniones descansan.

Todo lo que hasta hoy he recibido como lo más verdadero y seguro, lo he tomado de los sentidos o por los sentidos; ahora bien, a veces he experimentado que esos mismos sentidos me engañaban, y es prudente no fiarse nunca enteramente de quienes alguna vez han engañado.

Mas, aun cuando los sentidos nos engañan a veces en lo tocante a cosas poco perceptibles o muy remotas, existen posiblemente muchas otras de las cuales no se puede dudar razonablemente, aunque las conozcamos a través de ellos: por ejemplo, que estoy aquí, sentado junto al fuego, vestido con una bata, sosteniendo este papel con mis manos, y otras cosas de tal naturaleza. ¿Y cómo podría negar que estas manos y este cuerpo son míos si no es asemejándome a esos insensatos cuyo cerebro está tan turbio y ofuscado por los negros vapores de la bilis, que aseguran constantemente ser reyes cuando son muy pobres, estar vestidos de oro y púrpura estando desnudos,

o que se imaginan ser cacharros o tener un cuerpo de vidrio? Los tales son locos y no sería yo menos extravagante si me rigiera por su ejemplo.

No obstante, debo considerar aquí que soy hombre y, en consecuencia, que tengo costumbre de dormir y de representarme en sueños las mismas cosas, o a veces menos verosímiles, que esos insensatos cuando están en vela. ¡Cuántas veces habré soñado, por la noche, estar aquí mismo, vestido, delante del fuego, estando en realidad desnudo y metido en la cama! En este momento, bien me parece que no estoy mirando este papel con ojos dormidos, que esta cabeza que muevo no está adormilada, que es con intención y propósito deliberado que extiendo esta mano y la siento: lo que me ocurre en sueños no parece ni tan claro ni tan distinto como todo esto. Pero, pensándolo cuidadosamente, recuerdo haber sido a menudo engañado mientras dormía por ilusiones similares. Y, parándome en este pensamiento, veo tan manifiestamente que no hay indicios concluyentes ni pruebas suficientemente certeras por las cuales pueda distinguir claramente el estado de sueño del de vigilia, que me quedo totalmente atónito y tal es mi extrañeza, que casi es capaz de persuadirme de que estoy durmiendo.

Supongamos entonces ahora que estamos dormidos y que todas estas particularidades, a saber, que abrimos los ojos, que movemos la cabeza, que extendemos las manos y cosas parecidas no son más que falsas ilusiones; y pensemos que pudiera ser que nuestras manos y nuestro cuerpo no sean tal como los vemos. Sin embargo, hay que reconocer al menos que las cosas que nos son representadas en sueños son como cuadros y pinturas que no

pueden ser formadas más que a semejanza de algo real y verdadero; y que así, por lo menos, esas cosas generales, a saber, unos ojos, una cabeza, unas manos o todo un cuerpo, no son cosas imaginarias sino verdaderas y existentes. Pues es cierto que los pintores, incluso cuando se aplican con el máximo artificio en representar a sirenas y sátiros con formas fantásticas y extraordinarias, no pueden, en cambio, atribuir figuras y naturalezas enteramente nuevas, sino que solamente hacen una cierta mezcla y composición de miembros de diversos animales; e incluso si a lo mejor su imaginación es tan extravagante como para inventar una cosa tan nueva que nunca hayamos visto nada parecido, y que, de esta forma, su obra represente una cosa puramente ficticia y absolutamente falsa, con todo, al menos los colores de los que está compuesta deben ser verdaderos.

Y por la misma razón, aun cuando esas cosas generales, a saber, un cuerpo, unos ojos, una cabeza, unas manos, y otras parecidas, puedan ser imaginarias, hay que reconocer, en cualquier caso, que hay cosas todavía más simples y universales que son verdaderas y existentes, por cuya mezcla, ni más ni menos que por la de algunos colores verdaderos, se forman todas las imágenes de cosas que residen en nuestro pensamiento, sean éstas verdaderas y reales, o fingidas y fantásticas. De este género es la naturaleza corpórea en general y su extensión, así como la figura de las cosas extensas, su cantidad o tamaño, su número, como también el lugar en el que se encuentran, el tiempo que mide su duración y otras por el estilo.

Es por esto por lo que acaso no concluiríamos mal si dijéramos que la física, la astronomía, la medicina y to-

das las otras ciencias que dependen de la consideración de cosas compuestas son muy dudosas e inciertas; pero que la aritmética, la geometría y las otras ciencias de naturaleza tal que no tratan sino de cosas muy simples y generales, sin ocuparse mucho de si éstas se encuentran o no en la naturaleza, contienen algo de cierto e indubitable. Pues, esté yo dormido o despierto, dos y tres sumarán siempre cinco, y el cuadrado no tendrá más que cuatro lados, no pareciendo posible que verdades tan ostensibles puedan ser sospechosas de falsedad o incertidumbre alguna.

Sin embargo, hace ya tiempo que tengo en mi espíritu una cierta opinión según la cual hay un Dios que lo puede todo, por quien he sido creado y hecho tal como soy. Ahora bien, ¿quién puede asegurarme que ese Dios no ha obrado de manera tal que no existe ninguna tierra, ningún cielo, ningún cuerpo, ninguna extensión, ninguna figura, ninguna magnitud, ningún lugar, y, sin embargo, yo tengo la impresión de todas esas cosas, y todo eso me parece que no existe sino tal como lo veo? Es más, así como a veces juzgo que los demás se engañan incluso sobre las cosas que creen saber con la mayor certeza, pudiera ser que Dios haya querido que me equivoque todas las veces que sumo dos y tres, o cuando enumero los lados de un cuadrado, o cuando juzgo sobre cosas aún más fáciles que éstas, si es que acaso pudiéramos imaginar algo más fácil que eso. Mas puede ser que Dios no haya querido que yo sea de tal suerte burlado, pues de Él se dice que es absolutamente bueno. Ahora bien, si a su bondad repugna el haberme hecho de forma tal que esté siempre equivocado, igualmente contrario a tal bondad

sería el permitir que me equivocase a veces, y, no obstante, no puedo dudar de que esto sí lo ha permitido.

Quizá haya personas que, llegadas a este punto, prefieran negar la existencia de un Dios tan poderoso, a pensar que todas las demás cosas son inciertas. Pero no les objetemos nada por el momento y supongamos en su favor que todo cuanto aquí se ha dicho de Dios es una fábula. Sin embargo, sea cual fuere la forma en que supongan he llegado al estado y ser que poseo, ora lo atribuyan a algún destino o fatalidad, ora se remitan al azar, ora quieran que sea por una continua cadena y ligazón de cosas, es seguro que, puesto que fallar y equivocarse es una imperfección, cuanto menos poderoso sea el autor al que atribuyen mi origen tanto más será probable que yo sea tan imperfecto que me equivoque siempre. A tales razones no tengo nada que objetar, sino que me obligan a reconocer que de todas las opiniones que otrora había recibido en mi creencia como verdaderas, no se encuentra una sola de la que no pueda dudar ahora, no por descuido o ligereza, sino por razones muy fuertes y maduramente meditadas; de tal suerte que, en adelante, es necesario que pare y suspenda mi juicio acerca de esos pensamientos, y que no les dé más crédito del que daría a cosas que me parecen manifiestamente falsas, si es que deseo encontrar algo de constante y seguro en las ciencias.

Mas no basta con haber hecho esas observaciones, sino que debo poner cuidado en acordarme de ellas; pues aquellas opiniones viejas y corrientes vuelven todavía a menudo a mi pensamiento, ya que el largo y familiar trato que ellas han tenido conmigo les da derecho a

ocupar mi espíritu sin mi permiso y casi a volverse dueñas de mi creencia. Y nunca perderé la costumbre de otorgarles mi aquiescencia y confianza mientras las considere tal y como en efecto son, a saber, en cierto modo dudosas como acabo de mostrar, pero en cualquier caso muy probables, de suerte que tenemos mucha más razón para creerlas que para negarlas. Por ello pienso que obraría más prudentemente si, tomando el partido contrario, emplease todas mis fuerzas en engañarme a mí mismo, fingiendo que todos esos pensamientos son falsos e imaginarios hasta que, habiendo equilibrado mis prejuicios de tal forma que ya no puedan inclinar mi opinión más hacia un lado que hacia otro, mi juicio no sea ya en adelante controlado por los malos hábitos y desviado del camino recto que le puede llevar al conocimiento de la verdad. Pues estoy seguro de que, entretanto, no puede haber peligro ni error en ese camino, y que nunca será demasiada la desconfianza que hoy demuestro, puesto que ahora no se trata de obrar, sino solamente de meditar y conocer.

Supondré, entonces, que hay no un verdadero Dios que es soberana fuente de verdad, sino un cierto genio maligno, no menos pícaro y engañador que poderoso, que ha empleado toda su industria en engañarme. Pensaré que el cielo, el aire, la tierra, los colores, las figuras, los sonidos y todas las cosas exteriores que vemos no son más que ilusiones y engañosas de las que se sirve para sorprender mi credulidad. Me consideraré a mí mismo sin manos, sin ojos, sin carne, sin sangre, sin sentido alguno, pero creyendo falsamente tener todas esas cosas. Permaneceré obstinadamente atado a ese pensamiento; y si,

por ese medio, no está en mi poder llegar al conocimiento de alguna verdad, por lo menos sí podré suspender el juicio. Es por ello por lo que estaré cuidadosamente en guardia de no dar crédito a ninguna falsedad, y prepararé tan bien mi espíritu contra las astucias de ese gran engañador que, por muy poderoso y pícaro que éste sea, no podrá nunca imponerme nada.

Mas tal designio es penoso y laborioso, y una cierta pereza me arrastra insensiblemente hacia el curso de mi vida ordinaria. Y de la misma manera que un esclavo que goza en sueños de una libertad imaginaria, en cuanto empieza a sospechar que su libertad no es más que un sueño, teme despertar y conspira con esas agradables ilusiones para gozar más largamente del engaño, así yo recaigo por mi propio pie insensiblemente en mis antiguas opiniones, y temo salir de ese adormilamiento por miedo a que las laboriosas vigiliás que sucederían a la tranquilidad de ese reposo, en lugar de aportarme alguna claridad y alguna luz en el conocimiento de la verdad, no sean suficientes para aclarar las tinieblas de las dificultades que acaban de ser despertadas.

## Meditación segunda

### De la naturaleza del espíritu humano; y que es más fácil de conocer que el cuerpo

La meditación que hice ayer me ha llenado el espíritu de tantas dudas, que ya no está en mi mano olvidarlas. Y sin embargo, no veo de qué manera podré yo resolverlas; y como si de repente hubiera caído en aguas muy profundas, hállome tan sorprendido que no puedo ni apoyar mis pies en el fondo, ni nadar para mantenerme a flote. Haré un esfuerzo, pese a todo, y emprenderé nuevamente la misma vía en la que me hallaba ayer, alejándome de todo aquello sobre lo que pueda concebir la más mínima duda, de igual manera que si supiera que es absolutamente falso; y seguiré siempre por ese camino hasta que haya encontrado algo cierto o, cuanto menos, si otra cosa no pudiere, hasta que haya aprendido con certeza que nada hay en el mundo de cierto.

Arquímedes, para mover la tierra de su sitio y transportarla a otro lugar, no pedía más que un punto fijo e inmóvil; de igual manera, tendré yo derecho a albergar



grandes esperanzas si soy tan afortunado de encontrar una sola cosa que sea cierta e indubitable. |

Supongo, entonces, que todas las cosas que veo son falsas; me persuado de que nada de lo que mi memoria llena de mentiras me representa ha existido jamás; pienso que carezco de sentidos; creo que el cuerpo, la figura, la extensión, el movimiento y el lugar no son sino ficciones de mi espíritu. | ¿Qué podré, entonces, tener por verdadero? Acaso ninguna otra cosa sino que nada hay en el mundo de cierto.

Pero ¿qué sé yo si no hay alguna otra cosa diferente a las que vengo de juzgar inciertas, de la cual no se pueda tener la más mínima duda? ¿No habrá algún Dios u alguna otra potencia que me ponga en el espíritu estos pensamientos? No es necesario, pues quizá pueda yo producirlos por mí mismo. Y yo mismo, al menos, ¿no soy algo? Pero ya he negado que tenga sentido o cuerpo alguno. Con todo, vacilo, pues ¿qué se sigue de eso? ¿Soy acaso tan dependiente de cuerpo y sentidos que no puedo ser sin ellos? Mas me he persuadido ya de que nada había en el mundo, ningún cielo, ninguna tierra, ningún espíritu ni cuerpo; ¿no me he persuadido entonces también de que no existo? De ninguna manera; si me he persuadido o, simplemente, si he pensado algo, es que era. Pero hay un no sé qué engañador muy poderoso y astuto que emplea toda su industria en engañarme siempre. Mas si me engaña, no hay duda entonces de que soy; y puede engañarme cuanto quiera que jamás podrá hacer que no sea nada mientras yo piense ser algo. De modo que, tras haberlo pensado bien y haber examinado todo cuidadosamente, hay que concluir, en fin, y tener

por constante que esta proposición: yo soy, yo existo, es necesariamente verdadera todas las veces que la pronuncio o la concibo en mi espíritu.

Mas todavía no sé con suficiente claridad qué soy, yo que estoy seguro de que soy; de modo que, de ahora en adelante, debo estar cuidadosamente en guardia de no confundir imprudentemente ninguna otra cosa conmigo y, así, de no equivocarme en ese conocimiento que sostengo es más cierto y evidente que cuantos haya tenido antes.

Es por ello por lo que consideraré de nuevo lo que yo creía ser antes de entrar en estos nuevos pensamientos; y de mis antiguas opiniones, prescindiré de todas las que puedan ser combatidas por las razones que acabo de alegar, de tal suerte que nada quede más que lo enteramente cierto e indubitable. Así pues, ¿qué creía yo ser anteriormente? Sin duda, creía ser un hombre. Pero ¿qué es un hombre? ¿Diré, acaso, que es un animal racional? No, por cierto: pues después debería investigar qué es animal y qué es racional, y así una sola cuestión nos llevaría, sin darnos cuenta, a infinidad de otras más difíciles y embarazosas, y no querría yo abusar del poco tiempo y ocio que me restan, empleándolo en desenmarañar tales sutilezas. Más bien me detendré aquí, entonces, a considerar los pensamientos que antes brotaban en mi espíritu por sí solos, no inspirados más que por mi sola naturaleza, mientras me aplicaba en la consideración de mi ser. Consideraba, en primer lugar, que tenía una cara, unas manos, unos brazos, y toda esa máquina compuesta de huesos y carne, tal y como aparecen en un cadáver, a la que designaba con el nombre de cuerpo. Consideraba,



además, que me nutría, que andaba, que sentía y que pensaba, y todas estas acciones las atribuía al alma, pero no me paraba a pensar qué es lo que era el alma, o bien, si lo hacía, imaginaba que era algo extremadamente raro y sutil, como un viento, una llama o un aire muy delicado que estaba insinuado y repartido por mis más groseras partes. En lo tocante al cuerpo, no dudaba en absoluto de su naturaleza; puesto que pensaba conocerla muy distintamente y, de querer explicarla con las nociones que entonces tenía, la hubiera descrito de esta manera: por cuerpo entiendo todo lo que puede estar delimitado por alguna figura, estar situado en algún lugar, y llenar un espacio de tal suerte que cualquier otro cuerpo quede excluido; que puede ser sentido, o por el tacto, o por la vista, o por el oído, o por el gusto, o por el olfato; que puede ser movido de diversas maneras, no por sí mismo sino por otra cosa extraña que le toca y, por tanto, de la que recibe una impresión. Pues el tener en sí la potencia de moverse, de sentir y de pensar no creía de ninguna manera que debiese ser atribuido a la naturaleza corporal; al contrario, más bien me asombraba al ver que semejantes facultades se encontraran en algunos cuerpos.

Y yo, ¿qué soy yo ahora que supongo hay alguien que es extremadamente poderoso y, si se me permite decir, maligno y astuto que emplea todas sus fuerzas y su industria en engañarme? ¿Acaso puedo estar seguro de poseer la más mínima de las cosas que acabó de atribuir a la naturaleza corpórea? Me paro a pensarlo con atención, paso y repaso todas estas cosas en mi espíritu, y no encuentro ninguna que pueda decir que está en mí; no hay necesidad de que me pare a contarlas. Pasemos,

pues, a los atributos del alma, y veamos si hay algunos que están en mí. Los primeros son nutrirme y andar; pero si es cierto que no tengo cuerpo alguno, también lo es que no puedo andar ni nutrirme. Otro es sentir; pero tampoco se puede sentir sin el cuerpo: además, anteriormente he creído sentir en sueños muchas cosas mientras dormía, que al despertar me he dado cuenta de que no las había sentido realmente. Otro es pensar, y aquí sí encuentro que el pensamiento es un atributo que me pertenece: es el único que no puede separarse de mí. Yo soy, yo existo, esto es cierto; pero ¿cuánto tiempo? Pues todo el tiempo que dure mi pensar; pues podría hacerse incluso que, si ceso de pensar, cesase al mismo tiempo de ser o de existir. Ahora no admito nada que no sea necesariamente verdadero; ya no soy, entonces, hablando con precisión, más que una cosa que piensa, es decir, un espíritu, un entendimiento o una razón, términos cuya significación anteriormente me era desconocida. Soy, pues, una cosa verdadera y verdaderamente existente; mas ¿qué cosa? Ya lo he dicho: una cosa que piensa. ¿Y qué más? Excitaré mi imaginación para ver si no soy todavía algo más. No soy este ensamblaje de miembros al que llamamos cuerpo humano; no soy un aire delicado y penetrante esparcido por todos los miembros; no soy un viento, un soplo, un vapor, ni nada de cuanto pueda fingir e imaginar, puesto que ya he supuesto que todo eso no era nada y que, sin cambiar esa suposición, no dejaba de estar seguro de que soy algo.

Pero ¿acaso podría ocurrir que esas mismas cosas de las que supongo no son, porque me son desconocidas, no sean en realidad distintas de mí, a quien sí conozco?

No sé nada; no disputo de eso ahora; no puedo dar mi juicio más que de cosas que me son conocidas: he sabido que soy, y ahora busco saber qué soy, yo que he reconocido ser. Sin embargo, es muy cierto que esa noción y conocimiento de mí mismo, tomada precisamente así, no depende de las cosas cuya existencia me es por ahora desconocida; ni, por consiguiente y con más razón, de ninguna de aquellas que son fingidas e inventadas por la imaginación. E incluso estos términos de «fingir» e «imaginar» me advierten de mi error; pues haría algo ficticio, en efecto, si imaginase ser alguna cosa, pues imaginar no es sino contemplar la figura o la imagen de una cosa corpórea. Ahora bien, ya sé ciertamente que soy, y que puede hacerse que todas esas imágenes y, en general, todas esas cosas que atribuimos a la naturaleza del cuerpo no sean más que sueños y quimeras. Por lo cual veo claramente que tendría tan poca razón diciendo: «excitaré mi imaginación para conocer más distintamente lo que soy», que si dijese: «ahora estoy despierto y percibo algo cierto y verdadero pero, como no lo percibo todavía de forma suficientemente clara, me dormiré adrede para que mis sueños me representen esto mismo con mayor verdad y evidencia». Y, así, admito sin duda que nada de lo que pueda comprender por medio de la imaginación pertenece a ese conocimiento que tengo de mí mismo, y que es preciso recoger y apartar el espíritu de esta forma de concebir, a fin de que pueda, él mismo, reconocer bien distintamente su naturaleza.

Así bien, ¿qué soy entonces? Una cosa que piensa. ¿Qué es una cosa que piensa? Pues una cosa que duda, que conoce, que afirma, que niega, que quiere, que no

quiere, que imagina también, y que siente. Sin duda que todo esto no es poco si de verdad pertenece a mi naturaleza. ¿Y por qué no habría de pertenecerle? ¿Acaso no soy yo todavía el mismo que duda casi de todo, que sin embargo entiende y concibe ciertas cosas, que asegura y afirma que sólo éstas son verdaderas, que niega todas las demás, que quiere conocer otras, que no quiere ser engañado, que imagina muchas cosas, a veces incluso contra su voluntad, y que siente también otras muchas por medio de los órganos de su cuerpo? ¿No hay nada de esto tan verdadero como cierto es que yo soy, que yo existo incluso aunque siempre durmiese, y que quien me hubiese dado el ser se sirviese de todas sus fuerzas para engañarme? ¿No puede tampoco ninguno de estos atributos distinguirse de mi pensamiento o que podamos decir que está separado de mí mismo? Puesto que de suyo es tan evidente que soy yo quien duda, quien entiende y quien desea, que no es menester añadir nada para explicarlo. Y también tengo, ciertamente, la capacidad de imaginar pues aunque pueda suceder (como he supuesto anteriormente) que las cosas que imagino no sean verdaderas con todo, esta capacidad de imaginar no deja de estar realmente en mí y forma parte de mi pensamiento. Por último, soy el mismo que siente, es decir, que recibe y conoce las cosas por los órganos de los sentidos, puesto que, efectivamente, veo la luz, oigo el ruido y siento el calor. Pero se me dirá que esas apariencias son falsas y que duermo. Que así sea; en cualquier caso, al menos es muy cierto que me parece que veo, que oigo y que siento calor; y esto es propiamente lo que en mí se llama sentir, que, considerado precisamente de tal manera, no es otro

cosa que pensar. De donde empiezo a conocer qué es lo que soy con un poco más de claridad y distinción que antes.

Sin embargo, no puedo evitar creer que las cosas corpóreas, cuyas imágenes forma mi pensamiento y son objeto de mis sentidos, son conocidas más distintamente que esa no sé qué parte de mí mismo que no es objeto de la imaginación: aunque, efectivamente, sea una cosa bien rara que cosas que advierto dudosas y lejanas me sean más clara y fácilmente conocidas que aquellas que son verdaderas y ciertas, y que pertenecen a mi propia naturaleza. Pero bien veo lo que ocurre: mi espíritu se complace en extraviarse y todavía no puede mantenerse dentro de las justas lindes de la verdad. Soltémosle pues la rienda todavía una vez más para que, luego, tirando de ella suave y oportunamente, podamos contenerlo y conducirlo más fácilmente.

Empecemos por la consideración de las cosas más comunes y que creemos comprender más distintamente, a saber, los cuerpos que tocamos y vemos. No me refiero a los cuerpos en general, pues esas nociones generales son de ordinario un tanto confusas, sino de alguno en particular. Tomemos, por ejemplo, este trozo de cera que acaba de ser sacado de la colmena: todavía no ha perdido la dulzura de la miel que contenía, todavía conserva algo del olor de las flores de las que ha sido recogido; su color, su figura, su tamaño son visibles; es duro, es frío, lo tocamos y, si lo golpeamos, producirá algún sonido. En fin, se encuentran en él todas las cosas que pueden hacer conocer distintamente un cuerpo.

Pero he aquí que, mientras hablo, lo aproximamos al fuego: lo que restaba de sabor se exhala, el olor se desva-

nece, su color cambia, su figura se pierde, su tamaño aumenta, se hace líquido, se calienta, apenas se puede tocar, y aunque lo golpeemos, ya no dará sonido alguno. ¿Permanece la misma cera tras ese cambio? Hay que confesar que permanece y nadie lo puede negar. ¿Qué es entonces lo que conocíamos en ese trozo de cera con tanta distinción? Ciertamente, no puede ser nada de lo que advertimos por medio de los sentidos, pues todas las cosas que percibían el gusto, o el olfato, o la vista, o el tacto o el oído, han cambiado y, sin embargo, la misma cera permanece. Puede que sea lo que ahora pienso, a saber, que la cera no era esa dulzura de miel, ni ese agradable olor a flores, ni esa blancura, ni esa figura, ni ese sonido, sino solamente un cuerpo que un poco antes se me aparecía bajo esas formas, y ahora se presenta bajo otras. Pero ¿qué es lo que imagino, hablando con precisión, mientras lo concibo de tal manera? Considerémosla atentamente y, alejándonos de todas las cosas que no pertenecen a la cera, veamos lo que queda. Ciertamente, no permanece nada más que algo extenso, flexible y mutable. Ahora bien, ¿qué es eso de flexible y mutable? ¿No será que imagino que esa cera, siendo redonda, pueda hacerse cuadrada, y de cuadrada pueda pasar a triangular? No, ciertamente no es eso, pues la concibo capaz de sufrir una infinidad de cambios semejantes y, sin embargo, no podría recorrer esa infinidad con mi imaginación y, por consiguiente, esa concepción que tengo de la cera es obra de la facultad de imaginar.

Y ahora, ¿qué es esa extensión? ¿No será también desconocida, pues aumenta en la cera que se derrite, y se hace todavía mayor cuando está enteramente fundida, y

aún mayor cuando el calor aumenta más? Y no concebiría yo claramente y conforme a la verdad qué es la cera, si no pensase que es capaz de recibir más variedades en su extensión de las que jamás haya imaginado. Debo, pues, reconocer que no sabría concebir con la imaginación qué es la cera, y que sólo mi entendimiento puede hacerlo; y digo este trozo de cera particular pues, en cuanto a la cera en general, resulta todavía más evidente. Pero ¿qué es esta cera que no puede ser conocida sino por el entendimiento o el espíritu? Ciertamente, es la misma que veo, que toco, que imagino, y la misma que conocía desde el comienzo. Pero lo que se trata de hacer notar aquí es que su percepción, o bien la acción por la cual la distinguimos, no es una visión, o un tacto, ni una imaginación, y no lo ha sido nunca aunque antes así me lo pareciese, sino sólo una inspección del espíritu, la cual puede ser imperfecta y confusa, como era antes, o clara y distinta, como es ahora, según mi atención se centre más o menos en las cosas que están en ella y de las que está compuesta.

Sin embargo, no me sorprenderé mucho cuando considere cuánta debilidad hay en mi espíritu y su inclinación a caer insensiblemente en el error. Pues aun cuando sin hablar, considero esto en mi foro interno, con todo, las palabras me paran y casi soy engañado por los términos del lenguaje ordinario; pues decimos que vemos la misma cera si nos la presentan, y no que juzgamos que es la misma por tener el mismo color y la misma figura; de donde quisiera casi concluir que conocemos la cera por la visión de los ojos, y no por la sola inspección del espíritu. Pero por casualidad miro por una ventana y veo

unos hombres que pasan por la calle, a la vista de los cuales no dejo de decir que veo unos hombres de la misma forma que digo que veo la cera y, sin embargo, ¿qué veo yo por esa ventana más que sombreros y capas que muy bien podrían ocultar fantasmas u hombres falsos movidos por resortes? Sin embargo, juzgo que son verdaderos hombres, y así comprendo por la sola facultad de juzgar que reside en mi espíritu, lo que creía ver con mis ojos.

Un hombre que trata de elevar su conocimiento por encima del vulgo debe avergonzarse de encontrar motivos de duda en las formas y términos en que habla el vulgo; prefiero, pues, pasar adelante y considerar si concebía con más evidencia y perfección qué era la cera mientras la percibía al principio y creía conocerla por medio de los sentidos exteriores, o al menos del sentido común —como así lo llaman—, es decir, de la facultad de imaginar, que como la conozco ahora después de haber examinado más exactamente qué es y de qué forma puede ser conocida. Ciertamente sería ridículo poner esto en duda. Pues ¿qué había en esa primera percepción de distinto y evidente que no pudiese llegar de igual suerte al sentido de cualquier animal? En cambio, cuando distinguo la cera de sus formas exteriores y, de la misma manera que si la hubiese despojado de sus ropajes, la considero desnuda, ciertamente, aunque todavía pueda hallar algún error en mi juicio, no la puedo concebir de forma tal sin un espíritu humano.

Y, en fin, ¿qué diré yo de ese espíritu, es decir, de mí mismo? Pues hasta aquí nada he admitido en mí más que un espíritu. Yo que parezco concebir con tanta claridad

y distinción este pedazo de cera, ¿no me conoceré a mí mismo, no solamente con mucha mayor verdad y certeza, sino incluso con más distinción y claridad? Pues si juzgo que la cera es o existe porque la veo, ciertamente, se sigue de forma mucho más evidente que yo soy, o que yo mismo existo, puesto que la veo. Pues bien puede suceder que lo que yo veo no sea en efecto la cera; incluso puede ocurrir que no tenga yo ojos con los que ver cosa alguna; pero lo que no puede ser es que mientras yo veo o (lo que ya no distingo) mientras piense ver, yo, que pienso, no sea algo. De igual forma, si, por tocarla, juzgo que la cera existe, se seguirá una vez más la misma cosa, a saber, que yo soy; y si lo juzgo porque me persuade de ello mi imaginación o cualquier otra causa, concluiré siempre la misma cosa. Y todo lo que aquí he glosado de la cera puede aplicarse a todas las otras cosas que me son exteriores y se encuentran fuera de mí.

Pues bien, si la noción y el conocimiento de la cera parecen ser más claros y distintos después de que ésta haya sido descubierta no sólo por la vista o el tacto, sino además por muchas otras causas, ¿con cuánta mayor evidencia, distinción y claridad deberé conocerme a mí mismo, pues todas las razones que sirven para conocer y concebir la naturaleza de la cera o de cualquier otro cuerpo, prueban mucho más fácil y evidentemente la naturaleza de mi espíritu? E incluso se encuentran tantas otras cosas en el propio espíritu que pueden contribuir a esclarecer su naturaleza, que aquellas que dependen del cuerpo, como éstas, apenas merecen ser mentadas.

Pero en fin, heme aquí insensiblemente llegado donde quería; pues, ya que ahora conozco una cosa, a saber,

que no concebimos propiamente los cuerpos más que por el entendimiento que hay en nosotros y no por la imaginación o los sentidos, y que no los conocemos por lo que vemos o tocamos sino sólo por lo que concebimos a través del pensamiento, conozco evidentemente que nada me es más fácil de conocer que mi propio espíritu. Pero, puesto que es casi imposible deshacerse tan prontamente de tan antigua opinión, estará bien que me detenga en este lugar a fin de que la extensión de mi meditación imprima más profundamente en mi memoria este nuevo conocimiento. ]